65

La Voz de Albacete 10 junio 1953

Carta a mi amiga la Condesa X

Por Joaquín CALVO SOTELO

Mi querida amiga: Le debía a Vd. carta. Pago mi deuda. Ahora que las tribunas se van desmontando poco a poco y Londres recobra la fisonomía que le es propia le mando estas líneas con las cuales le doy la noticia que esperaba de mí. A saber: nuestra común amiga la Marquesa Z, no ha tenido puesto en la Abadía. De sobra sé que usted no es envidiosa y que mi noticia no le alegra, pero comprendo bien que llevaba mucho tiempo soportando a Herminia (¿la llamaremos Herminia para entendernos?) sus pedantescas bravatas y que deseaba saber a qué atenerse. Herminia, puedo asegurárselo, sabe sólo de la Coronación lo que ha podido ver en la tribuna de Pall Mall, y en la que disponía de una entrada y en la pantalla de Odeón, donde disponía de otra y en la que, justo ayer, se proyectó la película.

No degrademos a Herminia por esta causa. Cierto que había cerca de 8.000 personas en la Abadía pero los españoles no llegaban a la docena. Estaban los Condes de Barcelona y nuestros representantes oficiales. Y se acabó. Herminia abandonó Madrid, jurando y perjurando que la ceremonia no empezaría sin ella. Pero fué ese, un rasgo de infantil presunción que no creo debemos censurarle con demasiada acritud. Ya sabe que ella es así: muy fachendosa, muy novelera y muy convencida de que el mundo gira en torno a su figura. Ahí, no consiguió engañar a nadie pero sí intranquilizar a algunos. Y entre ellos, a usted, mi querida amiga, a la que hubiera hecho muy poca gracia que, ella, con un cuarterón de sangre azul tan sólo, hubiera dispuesto de un escaño en Westminster por arte de birlibirloque, y que usted se hubiese quedado a la luna de Valencia.

Eso, sí, regresará a Madrid, hablando por los codos y dando mil detalles. Pero lo hará "de oído". Sin embargo ¿me permite usted que le diga que, en estos días, mi simpatía hacia ella ha ganado mucho? Verá usted: en su actitud, en sus palabras, en sus juicios, yo he visto representado un tipo de mentalidad muy española. Herminia, se ha comportado con una insolencia, con una goyesca bravura, con una tal superioridad respecto de cuanto le rodeaba, que yo, que propendo a encogerme cuando no piso en terreno conocido, la he visto evolucionar absorto. Lo primero que decretó, recién desembarcada, fué que los habitantes de estas islas eran unos "pasmaos". Le bastó observar a un policeman moverse pausadamente, y resolver sin silbatos un atasco de 300 coches para clavarles esa etiqueta. A ella, la sangre le hervía y en un inglés entrevisado de español muy graciosamente achuchaba al chaufeur para que pisara el acelerador y cortara por lo sano. "I don't like pasmaos"—aseguró después muy terne. Durante el desfile—lo sé por quienes cayeron a su lado—se dedicó a hacer el elogio del sol madrileño a sus vecinos inmediatos, mientras calan chuzos y por último, ~~azar, que encontró por la~~ calle un soldado en cuya hombrera decía: "Gibraltar", estuvo a punto de causar una baja en la guarnición del Peñón. Ay, usted que ha sentido igual que yo el sonrojo de ese sagrado puñado de tierra—¿recuerda que lo visitamos juntos, dicho sea de paso, hace algunos años?—sustraído, siniestramente, a nuestra bandera, ¿no se reconcilia con Herminia, a través de su cólera y le perdona sus infantiles vanidades por ese genuino, insobornable y bronco españolismo de su gesto? Yo, sí, mi querida amiga, yo se lo perdono todo.

Ahora bien; y Gibraltar aparte, ese sentimental daltonismo que altera la tabla de valores y sujeta a distintas medidas, según su etiqueta de origen, cuanto nos rodea, ¿es aconsejable? ¿De qué sirve más: el —donde esté Madrid que se quite todo—o el justiprecio de lo ajeno sin mermas, como un venero de enseñanzas para alivio de nuestros males? Evidentemente, esto último, sin duda alguna, pero sin ese cauteloso término medio son tan pocos los que se mantienen y es preciso elegir entre el papatanismo sumiso o la soberbia, yo prefiero pecar antes por este extremo que por el otro. Ahí se apoya mi incipiente simpatía a Herminia.

Le he dicho que Londres, recobra poco a poco su fisonomía normal. Es cierto: va perdiendo lentamente su aire de fiesta. Ahora bien: esto ha sido superior a todo lo imaginable. La encopetada lady, ha lucido su más rica diadema (varios miles de millones de pesetas hubieran podido pagarse por las joyas de las invitadas a Westminster). Claro está, es una sociedad que no ha sufrido, como la nuestra el despojo de las dos guerras terribles: la de Napoleón y la de Negrín, y que aun conserva su tesoro intacto, sin más dentelladas que las de inncome-Fax. "~~Negrín~~ Herminia discrepante". Ni una voz en discordia ni un silencio medido, ni un comentario desafinado o tibio. Chicos y grandes, mi querida amiga, en la calle y en la Abadía, han sido los factores de este milagro.

A mi juicio el que su serena belleza, faltase a la Abadía, ha sido un error que hay que apuntar en el Debe del Duque de Norfolk.

Muy atentamente suyo,
Joaquín CALVO SOTELO

entreverado

/ cuando el azar quiso que encontrase en la